

tiene el olfato malo, pero la vista es defectuosa. Sobre todas sus facultades intelectuales predomina una prudencia excesiva, que impulsa á la liebre á ejercer una continua vigilancia: el mas leve rumor, el viento que silba á través de las ramas, ó la hoja que cae, bastan para turbar su sueño y llamar toda su atención. Un lagarto que corre, ó el canto de una rana, es lo suficiente para que abandone su lecho, y un ligero silbido la detiene en medio de su rápida carrera. La mansedumbre de la liebre es muy dudosa: Dietrich de Winckell dice que la malignidad es el mayor defecto de este roedor, no porque muerda ó arañe, sino porque en la hembra no hay amor maternal, y el macho es en extremo cruel con su progenie.

Cuando los inviernos son rigurosos, comienza el período del celo en los primeros dias de marzo, y si la estación es benigna, á fines de febrero, fecha que se anticipa cuanto mejor alimentada está la liebre.

Cuando dos liebres de distinto sexo se encuentran, empiezan por provocarse, corren una detrás de otra, trazando círculos y dando vueltas sobre sí mismas; en este juego es la hembra la que mas retoza; esto no dura sin embargo mucho tiempo, puesto que aquella se coloca al lado del macho y con sus caricias casi le pide la satisfacción de sus deseos; el macho se muestra dócil é inmediatamente accede á las indicaciones de la hembra, pero es al mismo tiempo tan vehemente que al llegar al apogeo de su gozo, clava las uñas en su amante, arrancándole grandes copos de lana. Si otros machos presencian uno de aquellos actos, llevados de los celos, de la envidia y de la pasión, acometen al preferido para ahuyentarlo del sitio que ocupa y hacerle perder el amor de la liebre; estas luchas amorosas son muy divertidas; dos ó tres machos y algunas veces mas, persiguen á una hembra, esta se resiste y entonces aquellos se la disputan entre sí, ya sea en la carrera, siendo el premio de esta la posesión de la hembra para el que mas veloz la alcance, ya en lucha encarnizada, pero no á muerte, lanzándose unos contra otros, dándose manotazos, volando los pelos por el aire y continuando así hasta que el mas fuerte alcanza la victoria, ó, lo que sucede con frecuencia, hasta que la hembra se aleja furtivamente con uno de los competidores, acaeciéndose á menudo que un cuarto en discordia se presenta, y se lleva la presa, sin guardar consideraciones á los primeros llegados, seguro de que estos no dejarán de hacer lo mismo si la ocasión se les presenta. Se asegura, con muchos visos de verdad, que en estas luchas no quedan siempre ilesos, y cazadores dignos de crédito afirman haber encontrado liebres sin ojos. Cuando un cazador inteligente encuentra el pelo dejado por la liebre en el sitio de la lucha, es señal segura de que ha llegado el tiempo del celo y no persigue mas á estos animales, especialmente en los años cuyos inviernos han sido poco crudos.

La gestación dura un mes y el primer alumbramiento tiene lugar á mediados de marzo, y el último en agosto; la primera vez da á luz lo menos dos pequeñuelos, la segunda de tres á cinco, la tercera tres y la cuarta uno ó dos. Si el invierno ha sido benigno, pare, por excepción, cinco veces. Para parir busca siempre un sitio, donde cree que no la molestarán, y forma su nido ya en un montón de estiércol, en el hueco de un árbol, en una cama de hojarasca, ya en la tierra; los recién nacidos salen con los ojos abiertos, con pelo y muy desarrollados. Afirman muchos cazadores que se secan ellos mismos y se limpian apenas nacen y que la madre, cinco ó seis dias despues, los abandona, yendo á buscar nuevas aventuras amorosas. De cuando en cuando suele volver al nido, para desembarazarse de la leche que le incomoda mas bien que movida por el cariño hacia sus hijos; si en este momento la persiguen, huye, dejando á los hijos á

merced de su perseguidor; esto no es una regla general, porque se han visto liebres que han defendido á sus hijos contra las aves de rapiña.

Muchos lebratos mueren por causa del poco amor de la madre hacia sus hijos. La progenie del primer parto sucumbe casi toda á causa de la diferencia de temperatura y del cambio que sufre al salir del vientre de la madre y exponerse al aire, todavía bastante frio, del mes de marzo. Si escapan á este primer peligro están sujetos á otros no menos temibles, debiendo huir hasta de su propio padre, quien cruelmente los martiriza y maltrata, llegando muchas veces á matarlos. Dietrich de Winckell cuenta que un dia oyó chillar á un lebratillo; pensando, dice, que algun gato le hubiese cogido, corri apresuradamente para matarlo; pero encontré á un lebron que puesto enfrente de su hijuelo, le daba golpes ya con una pata, ya con otra, sin dejarle descansar un momento; el pobre animalito ya no podía mas y le vengué matando al padre.

Son las liebres las que nos suministran mas fenómenos y monstruosidades; véanse á cada paso individuos de dos cabezas, dos lenguas y dientes salidos fuera de la boca, etc.

Los hijos del mismo parto se separan con trabajo del sitio donde nacieron; van por la tarde en busca de su alimento, juntos vuelven por la mañana al punto donde habitan, y esta costumbre la observan hasta adquirir la mitad de su tamaño, en cuyo instante se separan. Al año pueden ya reproducirse y á los quince meses son completamente adultos.

La vida de la liebre parece ser, á lo mas, de siete á ocho años, si bien se han visto individuos que, librándose de las continuas persecuciones, á esta edad no han envejecido aun.

En los primeros 25 años del presente siglo existió un macho muy conocido de los cazadores; mi padre le encontró en sus cacerías diversas veces por espacio de ocho años consecutivos, habiendo el animal evitado todas las persecuciones; en un invierno riguroso consiguió al fin matarlo; era una hermosa pieza del peso de nueve kilogramos.

«La vida de este roedor, dice Adolfo Müller, es una cadena casi continua de penas, necesidades y tormentos, los cuales, si bien van acompañados de sus hermanas la vigilancia y la cautela, tienen por compañero al gigantesco, muy notorio y mas burlado que compadecido, «miedo de liebre.» ¡Todo el ejército de animales de rapiña de nuestros países, tanto entre los mamíferos, cuanto entre las aves, envía sus espías, sus emisarios mas astutos, sus ladrones y asesinos en pos del pacífico é indefenso animal, trasformando el tranquilo eden de sus praderas y de sus bosques, en un campo de persecución y de muerte! Todos los perros, desde el zarcero con sus piernas torcidas, hasta el galgo rápido y esbelto con sus largas extremidades, persiguen á muerte al mas rápido corredor de las praderas y selvas!

»Y donde la resistente velocidad del perro no basta, donde el buen olfato, la maña y los sangrientos apetitos de los animales de rapiña, las intemperies y accidentes de la naturaleza perdonan la vida al pobre perseguido, allí acude el hombre con su astucia para tender al pobre animal un sinnúmero de lazos para perderle. El hombre, el carnicero mas cruel y astuto, condena al infeliz hasta á ser colgado. Se interna, como un asesino, en el bosque, en las noches nubladas, y pone en los senderos sus horribles lazos, en los cuales, la inocente víctima queda cogida por el cuello, muriendo allí ahogada; pero esto lo hace solamente el cazador furtivo. La liebre del cazador alemán no halla en este nunca su verdugo; no muere ni bajo los palos del aldeano, ni bajo el cayado del pastor, que furtivamente se procura los goces de la caza; de la mano del cazador muere la liebre conforme á las leyes del noble ejercicio de la caza, de un seguro tiro de per-

digones, y como el cazador de sentimientos nobles concede á la liebre la victoria siempre que la gane por su velocidad, cautela ó astucia sobre el arte de la caza, asimismo considera como un pecado, cualquier tormento que se haga sufrir al animal.»

CAZA.—Sobre la caza noble y la caza bárbara de la liebre se han escrito libros, y no es, por lo tanto, mi objeto ocuparme detalladamente de los varios géneros de caza. Según mi gusto, la caza con uno ó dos perros y la del acecho, son las que causan mas placer. La caza con galgos es verdaderamente muy divertida, pero ruinosa; las batidas en círculo ó en fila, por muy divertidas que sean en las comarcas poco pobladas, se convierten en verdadera carnicería, allí donde las liebres abundan, mientras las dos maneras de cazar antes citadas, tienen al cazador continuamente en expectativa y son las mas dignas de él. El hombre tiene ocasión, en la caza en que hace buscar la liebre por un perro, de mostrarse cazador y saca del acecho alguna instrucción, puesto que halla los animales (y no las liebres solamente) como quien dice, en traje de caza y puede observar su conducta en estado de completa tranquilidad y descuido. Muchos cazadores prefieren la caza al acecho á cualquier otra, pues lo mas grato de ella, la esperanza, es siempre su fiel é inseparable compañera. Como acecho considero tambien cortar el camino á la liebre por medio de jirones, sistema de caza que debo primero explicar, puesto que no es conocido en todos los territorios de nuestro país.

La liebre, como ya hemos dicho, ve en todas las cosas que le son desconocidas un objeto de terror y sobre esto funda el hombre sus poco dignos planes para engañarla. En las tranquilas horas de la noche, cuando la liebre sale de los bosques para comer tranquilamente en los campos, el hombre va á cerrarle las puertas de su albergue. Tres ó cuatro llevan largos pedazos de cordel fuerte, en los cuales, á ciertas distancias, hay dos plumas blancas, ó por lo menos algunas tiras de hilo del mismo color. Esto son los «jirones» en el lenguaje del cazador. Se empieza la caza, colocando los espantajos en cierto sitio del lindero del bosque. A cortas distancias se clavan estacas en la tierra para asegurar mejor el espantajo y colocarlo de tal manera que se levante cerca de medio metro del suelo.

Y así queda circundado todo el límite del campo. De tal modo se cierra á la liebre todo camino para volver al bosque. La comitiva de cazadores se pone en marcha temprano, pues debe estar en su puesto un buen rato antes de amanecer. Si es posible, la expedición marcha sin hacer el menor ruido. El que dirige la caza coloca al uno aquí, al otro allá, en los sitios donde con mas seguridad se espera la liebre, y el número de cazadores se va haciendo siempre menor. Por fin todo el mundo está preparado y cada cazador ha escogido el punto de acecho lo mejor que ha podido y espera impaciente los resultados.

Apenas comienza á rayar la aurora, dirígense las liebres hacia el bosque por su acostumbrado camino y avanzan sin temor retozando. Todo está silencioso en la selva y la llanura; óyese cuando mas el graznido de alguna corneja; y por el oriente aparece el nuevo sol, cubriendo el horizonte con sus rosadas tintas. Acércanse las liebres, ven los espantajos, se inquietan y agitan las orejas; mas todo sigue tranquilo. Luego dan algunos pasos para examinar de cerca el objeto de su temor y se espantan cada vez mas. Una de ellas retrocede, hace un recorte y vuelve al campo; pero trata bien pronto de entrar por otro sitio, donde encuentra el mismo obstáculo. Entonces brilla un relámpago: el primer tiro viene á turbar el silencio de la mañana; óyese una segunda detonación, y despues otra, y comienza el tiroteo,

repetido por los ecos de los alrededores. Todo se agita; por todo el lindero del bosque resuenan los tiros; las liebres, desesperadas, corren de un lado á otro, tratando de encaminarse por los senderos conocidos de ellas, y se ponen así á merced de los cazadores. La matanza continúa hasta que ya es de dia, y en aquel momento han desaparecido todas las liebres; las que no han sido muertas se han refugiado en los campos, y allí permanecen sin sospechar que despues del acecho vendrá la batida. Los cazadores salen del bosque para recoger su caza, mas no todos han sido afortunados, porque es tan difícil apuntar bien al amanecer, que comunmente es mucho mayor el número de tiros perdidos que el de las liebres heridas.

DOMESTICIDAD.—El tratamiento de las liebres exige mucho cuidado; aunque se domestican con dificultad, son delicadas y no viven mucho tiempo; puede dárseles el mismo alimento que á los conejos; es mejor darles heno, pan y avena que verdura. Supongo que las liebres viejas no perdonan á los otros animales pequeños que entran en su recinto, habiendo yo mismo encontrado una rata muerta por ellas, y por eso las liebres jóvenes deben separarse.

Con los conejillos de Indias se portan las liebres muy bien; con conejos y liebres blancas se aparean y crían bastardos que son á su vez fecundos; esto lo ha demostrado recientemente Broca. Rouy, un criador de conejos de Angulema, presenta de algun tiempo á esta parte anualmente mas de mil conejos ó liebres en el comercio. Estos bastardos fecundan lo mismo cruzando la raza del padre como la de la madre y aun apareándose entre sí. Los mestizos *tres octavos*, es decir, los que tienen un cuarto de conejo y tres de liebre, ofrecen las mayores ventajas.

De estos mestizos se han obtenido ya jóvenes hasta la décimatercia generación, sin que la fecundidad haya disminuido. La hembra pare seis veces al año, de cinco á seis hijos cada vez. Broca aconseja que el amo debe vigilar con mucho cuidado los resultados de los cruzamientos. Los respectivos animales están, según las circunstancias, separados ó unidos, y señalados con nombres ó números especiales.

Ultimamente se presta tambien en Alemania alguna atención á la cria de conejos con éxito regular para los criadores. Si sacan realmente algun provecho, es decir, si las crias producen mas de lo que cuestan, no quiero ni afirmarlo ni negarlo. El que debiese comprar todos los alimentos con el producto de la cria y quisiese además sacar beneficio, podria equivocarse; pero en las grandes casas donde una cantidad de los alimentos son sobras de la cocina, la cria podria ser provechosa. Yo he visto recientemente en casa de un activo criador muy bonitos conejos-liebres y oido decir cosas notables respecto á ellos; el asunto vale de todos modos la pena de ser tomado en consideración.

Los lebratos se acostumbran tanto al hombre que acuden á su llamamiento, toman la comida de su mano, y á pesar de su estupidez, aprenden diversos juegos; al contrario, las liebres viejas raras veces se vuelven familiares. En cautividad son bastante juguetonas, pero siempre tímidas. «Una de las cosas mas curiosas, dice Lenz, es entrar en la jaula de una liebre con una hoja de papel blanco ó cosa parecida en la mano: el animal se asusta de tal manera que empieza á dar saltos de mas de un metro de alto por las paredes.» Si se les da libertad vuelven pronto á su estado salvaje.

Por otra parte hay leporidos que se familiarizan poco á poco por sí mismos con sus enemigos declarados. El guardabosques real, Fuchs de Wildenberg, en la Franconia inferior, poseía, según dice *La Revista de la Caza*, una liebre adulta y mansa, la cual dormía en la misma yacija que los perros de caza y que merecía hasta tal punto la simpatía de un perdi-

guero, que este le daba, lamiéndole, todas las pruebas de su amistad, aunque la liebre, batiendo el tambor sobre su cabeza y espaldas, le trataba á veces, tanto á él como á otros perros, sin ninguna consideración. También comía, ora con un perro, ora con otro, en la misma escudilla. Como cosa notable, añade el observador que dicha liebre no comía nada con mayor placer que la carne de toda clase, y á falta de esta comía yerba verde. La ternera, el cerdo, las salchichas de hígado y la morcilla, le gustaban extremadamente y la hacían bailar de gozo.

Sobre el beneficio ó daño que causan las liebres, hay varias opiniones, según se consideren bajo el punto de vista de la agricultura ó de la caza. El juez imparcial deberá, sin duda, considerar la liebre como un animal nocivo y reconocer que gasta doble de lo que produce. En la mayor parte de nuestras comarcas, este daño se hace muy poco sensible, por la razón de que la liebre pasta en todas partes, por cuyo motivo sus saqueos se reparten sobre un espacio grande; pero de todos modos el daño no puede negarse. En las comarcas donde anualmente se matan millares de liebres, la pérdida de forrajes que ocasionan es considerable. Según los cálculos de Dettweiler, dicen los hermanos Müller, una liebre para llegar al peso de cinco libras, necesita cerca de cien de excelente heno. Experiencias hechas han demostrado que cualquiera pieza de ganado mayor necesita la misma cantidad de alimento para adquirir igual peso. Así es que 1,500 liebres muertas en un año en las comarcas de Oderheim y Alsheim, en Hesse, causan, calculando el quintal de heno á 2 florines, un daño de 3,000 florines, es decir, los 1,500 animales comen productos del suelo por este valor. Aunque contra estas cifras puedan oponerse objeciones de varias clases, no son menos dignos de tenerse en cuenta, bajo el punto de vista de la economía nacional, los cálculos de Dettweiler, puesto que establecen el difícil y vacilante tipo para calcular los perjuicios que causan las liebres. De que estos perjuicios no son imaginarios, cuando se trata de productos del campo y de las huertas en las llanuras pobladas por escasos bosques ó completamente despobladas, podrá fácilmente convencerse todo el que haya tenido ocasión de examinar este asunto detalladamente.

Según nuestros informes, la liebre busca la verdura mas tierna, como alfalfa, remolachas, coles y especialmente las legumbres, y también los retoños recién brotados; come las espigas de la cebada y de la avena con gran placer, y es perjudicial á causa de los senderos, á veces largos, que abren á través de los campos de trigo, royendo y pisoteando los tallos. Estos destrozos serían muy grandes allí donde las liebres se hallasen en abundancia; así como en nuestro país son apenas perceptibles, puesto que la cantidad de estos roedores es siempre mediana. Siendo la liebre golosa, delicada é inquieta, le gusta comer un poco aquí y un poco allá, y no permanece nunca largo rato sola en un mismo punto, y lo que con su actividad destruye, no se limita á un campo solo, repartiendo así el daño que hace en pequeñas dosis sobre largos trechos. Yo opino del mismo modo que estos amigos míos, competentes en la materia; pero prescindiendo del daño que las liebres causan en los árboles tiernos royéndoles, yo desearía llamar la atención, además, sobre un daño indirecto de estos acariciados roedores. Según mi opinión, los celosos aficionados á la caza causan á nuestras campiñas menos daño con azuzar los perros contra las liebres, que con la inconsiderada destrucción de los enemigos de las liebres, los cuales puede decirse que son los mejores amigos de la agricultura.

En vez de plantar matorrales, llamados *remisas*, donde, además de los pájaros cantores, puedan encontrar albergue

también los animales de rapiña mamíferos, se les aconseja destruirlos; en vez de pensar en la destrucción de los ratones campestres, solo se toman por mira las liebres, y no se perdona medio alguno para extirpar del todo los animales de rapiña tan útiles en nuestras comarcas. Si se pone en cuenta á la liebre también esta desventaja para la agricultura, de seguro no puede hablarse de otorgarle nuestra protección, sin condiciones convenientes.

A los destructores harto celosos de los enemigos de la liebre, desearía con este motivo combatirles con la afirmación de que por lo que respecta á los robos cometidos por los zorros y sus cofrades, son estos muy inferiores á los cálculos que ellos hacen.

Las zorras perseguirán, cogerán, matarán y devorarán tantas cuantas liebres puedan y donde puedan, pero nunca llegarán á destruirlas, como se ha afirmado muchas veces. Quien, como yo, ha visto una liebre en comarcas africanas donde son perseguidas continuamente por zorras, chacales, proteles y hienas, deberá confesar, con respecto á la considerable cantidad de liebres que aun no han sido devoradas, que las zorras y aquellas viven y pueden muy bien vivir juntas, es decir, que la destrucción de liebres causada por las zorras, no alcanza las proporciones que generalmente establecen.

Pero así como creemos haber demostrado suficientemente que la liebre es perjudicial, no queremos decir de ninguna manera que deba destruirse la raza. Nuestros cazadores de aldea y los cazadores furtivos se cuidan sin cesar de disminuirlas, y aquellos á quienes son verdaderamente perjudiciales ó molestas, tienen medios para limitar á su albedrío la cantidad.

Con los propietarios de grandes fincas, los cuales aprecian mas los placeres de la caza que el valor del daño que pueden causarles las liebres, es inútil litigar; pero también á aquellos que se pronuncian por la destrucción total de este roedor, debemos responderles que el placer de la caza y la sabrosa carne de la presa merecen ser tenidos en consideración. De este modo comprendo perfectamente que los propietarios de grandes fincas tomen, con muchísimo mas cuidado que antes, providencias para la multiplicación de las liebres, estableciendo los criaderos. El modo de fundarlos está basado en la experiencia hecha por inteligentes cazadores, de que demasiados machos contribuyen mas á la disminución que á la multiplicación de las liebres, y que, por lo tanto, deben matarse aquellos hasta que queden pocos, ó cuando menos ponerlos fuera de acción. Según este principio, se encierran en un recinto bien tapado y provisto de matorrales que les abrigue y de alimentos que les gusten, cinco hembras y un macho; se separan de tiempo en tiempo los cachorros, dando á la mayor parte de los machos su libertad, y señalando las hembras por medio de un corte en la oreja, y poniéndolas, pasada la época de la caza, en los campos, naturalmente despues de haber guardado cierto número de ellas para el año siguiente. Según afirmaciones de Hartung, el cual ha hecho recientemente muchos experimentos sobre esto, se puede, con un criadero de veinte machos y ochenta hembras, esperar con seguridad una multiplicación de 800 liebres, lo cual es mas que suficiente para satisfacer el deseo de la caza, y permite fijar el gasto que ocasionan.

Además de la carne, justamente apreciada, de la liebre, se utiliza también su piel. En Rusia se emplean muchísimas, y en Bohemia, que tiene desde los tiempos antiguos una gran fama por la fabricación de sombreros, se consumen anualmente para dicha industria cerca de 80,000 pieles. De la piel trasquilada y curtida de la liebre se hacen botinas y una clase de pergamino, ó se aprovecha para la fabricación de cola. En la medicina antigua, el pelo, la grasa, la sangre, los sesos,

hasta los huesos y excrementos de la liebre, desempeñaban un importante papel, y aun en nuestros días los supersticiosos emplean la piel y la grasa contra ciertas enfermedades.

La liebre tuvo, además, el honor de pasar por mucho tiempo como un animal hechizado. Aun en el último siglo le consideraban como andrógino y se creía firmemente que podía cambiar de sexo á su gusto, es decir, aparecer como macho ó como hembra. Los senderos que se abre á través de los campos de trigo, se consideran aun hoy día como obra de brujas y son llamados «escalera de las brujas».

LA LIEBRE DE LAS NIEVES—LEPUS VARIABILIS

No tenemos la seguridad de si la liebre de las nieves, que encontramos en los Alpes, y la del alto norte, forman una sola especie; lo que podemos afirmar es que tienen todos los ca-

rares distintivos de su patria, y aunque se observen en el pelaje curiosas variedades, este se armoniza siempre con el color del suelo. La liebre de las nieves de los Alpes es blanca en invierno, con la punta de las orejas negras; este color cambia en verano en pardo gris sin manchas.

Las liebres variables, originarias de Irlanda, no alcanzan nunca el color completamente blanco, y aun muchos naturalistas las han considerado como una especie aparte.

Las especies de los polos no cambian nunca el color y quedan siempre blancas, por lo que han recibido el nombre de *liebre polar* y formado también una especie aparte (*Lepus glacialis*).

Con respecto á las de Escandinavia, pertenecen todas á la especie de las liebres de las nieves, notándose empero algunas diferencias; á excepción de la punta de las orejas, que es negra, todo el resto del cuerpo es blanco. Hay otras que no mudan de color y cuyo bozo es de un gris pizarra, mien-

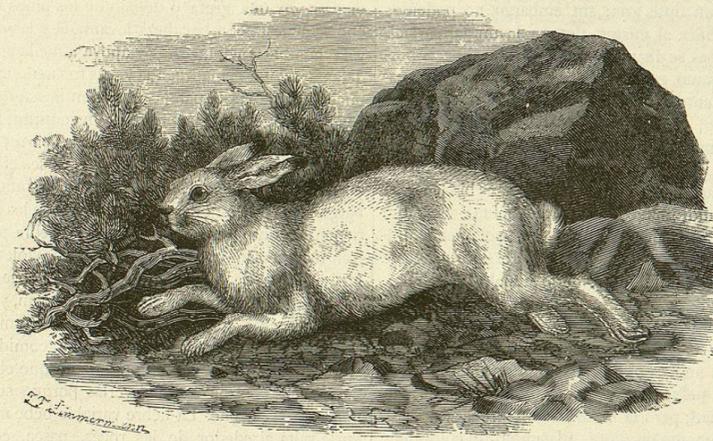


Fig. 95.—LA LIEBRE VARIABLE

tras que los pelos son de un pardo rojo sucio en su centro y blancos en la punta; este color es mas bien accidental, pues se dice que los hijos del mismo parto presentan á menudo estas dos coloraciones.

Probablemente rigen aquí las mismas proporciones que en el zorro polar. Hasta tanto que no se hallen mayores diferencias, no se podrán distinguir de las liebres blancas, y de todos modos tenemos razón si ahora consideramos todavía las liebres blancas como formando una sola especie.

CARACTERES.—La liebre de los Alpes, llamada muchas veces también liebre de las nieves (*Lepus timidus*, *L. Alpinus albus*, *borealis*, *canescens*, *hibernicus*, *variabilis*), se distingue marcadamente en estructura y costumbres de la liebre campestre.

«La liebre de las nieves, dice Tschudi, es mas vivaz, ágil y atrevida: su cabeza es mas corta y en forma de arco, la nariz y las orejas mas pequeñas, las mejillas mas anchas, los miembros posteriores mas largos; los dedos, mas separados y con mas movimiento, terminan en uñas largas con punta en forma de gancho y retráctiles; en la planta de los pies tienen mas vello; sus ojos son mas oscuros que los de la liebre ordinaria y aquel rojo peculiar de las especies alpinas que han recibido el nombre de conejo, ardilla y raton blanco, ha desaparecido en ellas. Esta especie no es tan grande como la liebre del campo, sin embargo hay machos que pesan 12 libras y en el canton de los Grisones se han encontrado de 15». Habiendo

comparado una liebre ordinaria con otra de los Alpes, de la misma edad las dos, noté que esta tenía un aspecto mucho mas fino, que sus movimientos eran mas ágiles y no tan tímida como aquella; la primera tenía las tibias menos arqueadas, la cabeza y la nariz mas largas, las orejas mas grandes y las piernas posteriores mas prolongadas.

Con el nombre de liebres de los bosques y liebres de las montañas, las cuales en invierno adquieren un color blanco, se distinguen dos variedades de liebres en el canton de los Grisones; los cazadores de aquellos sitios creen que ni aun en el verano traspasan estos animales los límites de los bosques; las primeras tienen el cuerpo mas grande y la cabeza menos voluminosa que las segundas.

Al llegar el crudo invierno, cuando las montañas de los Alpes están completamente cubiertas de nieve, la liebre de aquellas regiones es tan blanca como el suelo, conservando solamente la punta de las orejas negra. Desde el mes de marzo su coloración sufre cambios muy notables, á medida que el sol, con sus rayos de fuego, empieza á derretir las nieves y dar vida á la vegetación; un colorido gris empieza por cubrirle el lomo, y poco á poco los pelos, al principio aislados, se vuelven mas abundantes, formando contraste con los pelos blancos de los costados; ya en abril, el animal ofrece una coloración salpicada irregularmente de manchas, y el color pardo oscuro gana terreno sobre el blanco; en el mes de mayo nuestra liebre presenta ya el primer color